

de las Torres con su querida, y en un arrebato de cólera se acercó á él puñal en mano, resuelto á matarle, cuando María se interpuso diciendo que se vengara en ella si ofendido se creía. El Rey no supo negar su perdón, pero desterró al amante, y habiendo sabido, andando el tiempo, que su querida no sabía olvidar y no dejaba de escribir al Duque, buscó amorosos entretenimientos que le aliviaran de aquella pasión, y al sentirse ya libre de las fascinaciones que le cautivaron mientras prefirió á las gracias de todas las mujeres los encantos de la Calderona, hízola retirar á un convento, donde se recogían las queridas abandonadas por el Rey. María escribió al Duque despidiéndose para siempre y tomó el velo de religiosa de mano del nuncio apostólico, que fué más tarde Inocencio X. Parece confirmado que á pesar de todo creyó el Rey á D. Juan hijo suyo, pues le amó tiernamente.

Costumbre singular considero la que prohíbe vivir en Madrid á los hijos naturales que ha reconocido el Rey. Don Juan fué criado en Ocaña, no lejos de la Corte, y su padre le visitaba con frecuencia; otras veces, haciéndole llegar á las puertas de la coronada villa, salía para verle. Antes de ir D. Juan á Cataluña generalmente habitaba el palacio del *Buen Retiro*, donde tenía escaso trato con las gentes, no apareciendo jamás en las fiestas públicas mientras vivió el Rey; pero los tiempos han cambiado y la próspera fortuna de don Juan le conduce obstinadamente á la mundana gloria.

Mientras la Reina María-Ana de Austria gobernaba la España por no haber alcanzado su hijo la edad indispensable para reinar, quiso tener siempre á D. Juan alejado de la Corte, y sintiéndose con fuerzas para sostener las riendas del Estado, satisfaciale no descubrir en el príncipe ningún deseo de hacerse rey; pero, por muchos cuidados que tuviera, procurando evitar á su hijo el fastidio de una larga tutela, y poniéndole á distancia de los que podían despertar en el joven el deseo del poder, no impidió que algunos fieles servidores del Rey, arriesgando mucho, le hicieran saber de qué modo podía conquistar su libertad. El príncipe, admitiendo los consejos que le daban y tomando justas precauciones, desapareció una noche del palacio de Madrid, haciéndose

conducir al del *Buen Retiro*, desde donde dió á su madre las primeras órdenes como Rey.

D. Juan es hombre apuesto, pero de mediana estatura; tiene facciones regulares, ojos negros y vivos, la cabeza hermosa; siendo generoso, valiente y cortés, no ignora cuanto á su elevado nacimiento conviene, y sabe no poco de ciencias y artes; escribe y habla cinco idiomas y comprende algunos más; ha estudiado mucho tiempo astrología judiciaria y conoce perfectamente la historia. No hay un solo instrumento musical que no le sea fácil, hasta el punto de tocarlos todos como un maestro; trabaja la madera en el torno y forja con el hierro fuertes armas; pinta bien y se apasiona con las matemáticas, pero habiéndose comprometido á gobernar el Estado, ahora ceden el tiempo á esta principal sus múltiples ocupaciones.

Volvió D. Juan al *Buen Retiro* á principios del año 1677, y en seguida hizo salir á la Reina madre por el camino de Toledo, alejándola de la Corte, como ella le había tenido alejado del Rey, quien proporcionó al infante extremo gozo encargando á su cuidado el gobierno del reino. El Rey, cuya educación estaba muy atrasada, desconocía por completo el arte de gobernar. Sin duda por haber sido engendrado estando ya su padre muy enfermo, al venir al mundo, hubo que meterlo en una caja llena de algodón, porque tan pequeño era y tan delicado, que se consideró imposible fajarlo; había crecido hasta los diez años estando siempre sobre las rodillas ó entre los brazos de las damas de palacio, sin poner una vez siquiera los pies en el suelo para dar un paso; desde entonces, la Reina, su madre, que por muchas razones se había propuesto sostener al único heredero de la española estirpe, temiendo perderle, no le hizo estudiar por miedo de que se alterara su salud, bien miserable por cierto; y notóse pronto en el Rey aversión invencible hacia las damas que acompañaron su niñez, aversión tan grande que, cuando las encontraba, torcía su camino para no rozarse con ellas, ó se cerraba en su habitación para no verlas. La Marquesa de Los Vélez, que ha sido su aya, refería cómo en cierta ocasión para poder hablar al Rey tuvo

que seguirle durante seis meses inútilmente. Pero cuando la casualidad ponía frente á frente á las damas y al joven Monarca, tomaba éste los memoriales de manos de aquéllas inclinando la cabeza por temor de verlas. Su salud ha ganado bastante, hasta el punto de que al romper D. Juan de Austria el proyecto de matrimonio del Rey con la archiduquesa hija del Emperador, por considerarlo hechura de la Reina madre, el mismo Rey ha manifestado deseos de casarse con la princesa de Orleans.

Difícil parece que con aficiones tan apartadas de la galantería se enamorara repentinamente de su prometida, sin haberla conocido jamás, por el solo relato que de sus buenas cualidades le hicieron y por un retrato en miniatura que le presentaron. Tanto estima el retrato, que ni un momento lo abandona y con frecuencia lo pone sobre su corazón, dedicándole palabras dulces que admiran á los cortesanos; su pasión por la princesa le hace imaginar mil pensamientos que á nadie confía; parécele que cuantos le rodean se preocupan muy poco por su impaciente afán, retrasándole la dicha de verla; escríbele sin cesar y manda todos los días correos extraordinarios, portadores de sus cartas á la ida, y de noticias que le apasionan á la vuelta. Cuando lleguéis á Madrid, señora—D. Federico añadió,—podrán contaros muchas cosas ocurridas probablemente durante mi ausencia, y que satisfarán vuestra curiosidad mejor que mis noticias.

—Muy obligada quedo con vuestra complacencia—le dije; —pero antes de dar por terminadas vuestras explicaciones, que me hagáis notar os ruego los verdaderos trazos del carácter español.

—Ya los conocéis bastante—replicóme,—porque no creo que hayan escapado á vuestra penetración.

—Como me habláis libre de pasiones y de mezquinos intereses—añadí,—quiero saber lo que pensáis para ceñir mi juicio á vuestro pensamiento.

—Los españoles—dijo D. Federico de Cardona—siempre tuvieron fama de soberbios y blasonadores; esta soberbia revestida de gravedad es tan grande, que puede considerarse un orgullo desmedido; son valientes sin temeridad, y es tan-

ta en este punto su cordura, que no falta quien los crea poco animosos; son coléricos y vengativos, teniendo siempre cuidado de disimular su arrebató; generosos sin ostentación, sobrios en la comida, tan presuntuosos en la suerte próspera como serviles en la suerte adversa; adoran á las mujeres y son tan amantes de la belleza, que para sus pasiones pocas veces cuentan con el talento de sus elegidas; sufridos con exceso, tenaces, perezosos, independientes; honrados hasta el punto de arriesgar la vida por sostener una palabra empeñada. La naturaleza los dotó de atractivo, ingenio y clara inteligencia; comprenden fácilmente, y expresan con sencillez y precisión sus ideas. Son, además, prudentes, celosos con exceso, desinteresados, derrochadores, reservados, supersticiosos y muy católicos, al menos en apariencia. Versifican sin trabajo y podrían fácilmente abarcar los conocimientos científicos más difíciles é interesantes, si decidieran aplicarse á su estudio, que, regla general, desdeñan. Muestran grandeza de alma y elevación de miras, firmeza, seriedad y un respeto hacia las damas á ningún otro comparable; sus maneras son estudiadas, llenas de afectación; cada español está convencido de su propio mérito, y raras veces hacen justicia tratando del mérito de los demás. Su bravura estriba en sostenerse valerosamente á la defensiva, sin retroceder y sin temor al peligro; pero así como no lo temen cuando en él se hallan, no lo buscan por afán de arriesgarse, y esta buena cualidad, que algunos juzgan timidez, proviene de su sereno entendimiento. Cuando adivinan el riesgo, procuran evitarlo con noble cordura; sólo cuando quieren vengarse no perdonan medios ni escuchan razones; sus máximas en este particular son absolutamente contrarias al cristianismo y al honor. Cuando reciben afrenta mandan asesinar al que se la infiere; y advertidos por esta costumbre, muchas veces asesinan traidoramente al ofendido para librarse de su venganza, sabiendo de seguro el ofensor que si no mata será muerto. Pretenden justificar estos abusos diciendo que, cuando su enemigo logra por malos medios una ventaja, puede cualquiera procurarse otra por medios peores. La impunidad lo autoriza todo, valiéndose del privilegio de que gozan las

iglesias y los conventos en España, donde la justicia no tiene derechos contra un hombre que se acoge á lugar sagrado. Los criminales procuran cometer siempre sus fechorías á poca distancia de estos lugares, para tener cerca el altar que los redime, viéndose algunas veces abrazado á él un malhechor empuñando todavía el acero que colora la sangre de su víctima.

Refiriéndose á la figura de las gentes, para designar sus trazos más comunes hay que suponer un tipo de poca talla, flaco, la cintura estrecha, la frente despejada, las facciones regulares, los ojos hermosos, los dientes iguales, el color pálido y moreno. Es distinguida condición andar velozmente y tener la pierna gruesa y pequeño el pie, ir calzado sin tacón, no usar polvos, peinarse abriendo raya sobre un lado de la cabeza y recoger detrás de las orejas el pelo cortado por igual; cubrirse con un sombrero forrado de seda negra, usar golilla, más fea y más incómoda que la gorguera, y vestir siempre traje negro; en vez de camisa, ponerse mangas de seda ó de tabí, ceñir espada desmesuradamente larga, cubrirse con una capa de pañete negro, llevando sobre las piernas ajustadas calzas y en el cinto un puñal. En verdad todo esto desluce mucho á quien lo viste, aun siendo el tal de gallarda figura; parece que han escogido las prendas más desagradables para componerse.

Si D. Federico hubiera seguido hablando, escuchárale yo con placer; pero calló al ver que los otros caballeros habían dejado de jugar; y, suponiendo que yo tenía ganas de acostarme, porque á la mañana siguiente debíamos proseguir muy temprano el viaje, salieron todos de mi habitación.

Dormí poco, y me levanté con el alba, para poder pernoctar en Birviesca, que distaba de allí una buena jornada. Seguimos una ladera del río para evitar las montañas, y atravesamos un torrente que se precipita en el Ebro. Poco después entramos en un camino tan estrecho, que nuestras literas difícilmente podían pasar por él; subimos una cuesta muy empinada que nos condujo á Pancorvo; atravesamos una gran llanura limitada por una cadena de montañas, y todavía cruzamos otro riachuelo antes de llegar á Birviesca, un

pueblo donde no hay cosa notable aparte del colegio y algunos jardines bastante bonitos á la orilla del agua, y donde nos cogió un terrible temporal. Sentíame tan fatigada, que me acosté sin haber siquiera visto á D. Fernando de Toledo y á los demás caballeros, con los que me reuní al siguiente día en *Castel de Peones*.

Pero creo necesario describir de qué modo vivimos en estas posadas, haciendo cuenta de que muy poco va de unas á otras. Cuando se llega muy mohino y muy cansado, frito por los ardores del sol ó convertido en témpano de nieve (porque no hay temperatura media entre dos bien extremas), ni se halla puchero en la lumbre ni un plato fregado. Entrando por la cuadra, se sube al piso por una escalera tan estrecha y difícil que parece una mala escalerilla de mano.

La cuadra está generalmente llena de mulas y arrieros, que hacen servir las albardas de sus mulas de mesa por el día y de almohada por la noche; comen y duermen en amistosa compañía con los mulos, compañeros de fatigas. La *señora de la casa*, que se halla mal perjeñada con un vestido viejo y desabrochado, corre á ponerse su traje de los días de fiesta mientras el viajero se apea de la litera, no faltando jamás á este cumplimento, porque son tales mujeres tan presumidas como pobres.

El huésped es conducido á un cuarto cuyas paredes son bastante blancas y están llenas de cuadritos devotos muy mal pintados. Las camas no tienen colgaduras; las colchas, bastante decentes, son de algodón con flecos; las sábanas del tamaño de una servilleta, las servilletas poco mayores que un pañuelo de sonar; y es preciso habitar una posada de importancia para encontrar media docena de servilletas, pues en las de los pueblos no se ve una sola, ni tampoco tenedores. No hay más que un vaso en toda la casa, y cuando los arrieros lo cogen primero, cosa que suele acontecer, es preciso para beber esperar con paciencia á que se hayan servido y no les haga falta, si no se prefiere hacerlo con un cántaro. Es imposible calentarse acercándose al fuego de las cocinas, por que, como éstas no tienen chimeneas, el humo ahoga. El hogar está en medio de la cocina,

y á la lumbre se pone sobre una teja lo que se quiere asar; cuando está quemado por una parte, le dan la vuelta. Si es grande la pieza, se ata de una cuerda que la mantiene suspendida del techo, recibiendo el calor del fuego; hácenla girar con la mano, y el humo la pone tan negra que sólo mirarla repugna.

No creo que pueda verse más exacta representación del infierno que la presentada por esas cocinas, con la gente agrupada en ellas; porque, sin temor á la humareda horrible que ciega y sofoca, reúnen al amor de la llama una docena de hombres y otras tantas mujeres, todos más negros que diablos y apestosos y sucios como cerdos, vestidos como pordioseros. No falta nunca uno que rasque torpemente la guitarra y que cante como un gato enronquecido. Las mujeres están desmelenadas, llevan gargantillas cuyos granos de cristal son tamaños como avellanas y dan seis ó siete vueltas al cuello, sirviendo para ocultar la piel más ruin del mundo. Todos ellos son más ladrones que las urracas y no se apresuran á servirnos más que para hurtarnos algo, aunque sólo sea un alfiler, y lo consideran ganado como botín de guerra cuando pertenece á un francés.

Apenas llegamos, la dueña de la casa nos presenta sus niños, que van con la cabeza descubierta en invierno como en verano, aun siendo recién nacidos, y les hace tocar nuestros vestidos, frotándoles con ellos los ojos, las mejillas, la garganta y las manos, como si el viajero fuese reliquia que curara con el solo contacto de su traje todos los males. Acabadas estas ceremonias, nos preguntan si queremos comer, y aunque haya pasado ya la medianoche, como no hay nada en la casa, es necesario ir á comprar á la carnicería y al mercado, á la taberna y al horno de pan; en fin, á todas partes donde puede haber comestibles, para reunir los aprestos de una mala cena. Aunque sea tierno el cordero, la manera de freirlo, con aceite, pues aquí se usa poco la manteca, no es del gusto de todos. Las perdices abundan bastante y son grandes; pero á la sequedad propia de su carne se añade otra peor, porque las asan hasta carbonizarlas. Los pichones son excelentes, y en muchas partes abunda el buen

pescado, particularmente los besugos, que tienen el gusto de la trucha, y con los cuales se hacen pasteles, que serían muy buenos si no estuvieran cargados de ajo, pimienta y azafrán.

El pan lo hacen con trigo de Indias, al que llamamos en Francia trigo de Turquía. Es muy blanco, tan dulce que parece amasado con azúcar, está poco trabajado y muy crudo, es plano y tiene sólo como un dedo de grueso. El vino es agradable, deliciosas las frutas, y en el mes de Septiembre se comen unos moscateles muy exquisitos; los higos son excelentes, y se aliñan ensaladas hechas con una lechuga tan dulce y refrescante que no tiene igual.

No creáis que basta decir «traedme tal ó cual cosa» para que os la sirvan. Con frecuencia no hay lo que se pide; pero supongamos que lo haya en alguna parte, será preciso adelantarse el dinero para que vayan á comprarlo; de manera que, antes de haber comido, la comida se ha pagado, pues no está permitido al dueño de la posada ofrecer más que sus habitaciones. Dicen, para probar la razón de tal extrañeza, que no es justo que sólo el posadero se lucre con la llegada de los huéspedes, y que vale más repartir entre varios la ganancia.

Yendo de jornada, los viajeros no entran á comer en los mesones; llevan provisión de comida y páranse para tragársela, en alguna pradera junto á un arroyo, mientras los arrieros dan á los mulos un pienso de cebada ó avena mezclada con paja recortada que llevan en grandes sacos; estos animales no prueban el heno. Á una mujer no se le permite hospedarse más de dos días en una posada de las que se hallan situadas en los caminos, si no expresa las razones que á más larga permanencia la obligan.

Después de cenar los caballeros que me acompañaban, resolvieron jugar un tresillo, y como yo no sé bastante para competir con ellos, acepté la participación que D. Federico de Cardona me ofrecía en su juego, mientras D. Fernando de Toledo se acomodaba cerca del brasero dispuesto á entretenerme con su conversación.

Según me dijo, agradárale mucho que yo tuviera tiempo

disponible para ir á Valladolid, ciudad, á su juicio, la mejor de Castilla la Vieja, residencia en otro tiempo de los reyes que allí tienen un palacio digno de su grandeza, y donde tiene D. Fernando familia que me agasajaría, enseñándome, además de otras cosas, el convento de dominicos fundado por los Duques de Lerma, rico y bello edificio adornado con una hermosa portalada donde figuran estatuas y bajorelieves de mucho mérito; en el colegio de este convento los franceses ven con satisfacción las paredes sembradas por flores de lis, y se dice que las hizo pintar un obispo vasallo del Rey de Francia; condujéranme también al coro de las monjas de Santa Clara, para ver la tumba de un caballero castellano que solloza cada vez que muere un pariente suyo.

Al oír esto no pude contener una sonrisa de incredulidad pero D. Fernando prosiguió—Dudáis, y no quiero esforzarme para convenceros ni aseguraros como incontestable verdad una cosa tan extraordinaria; pero lo que sí aseguro es que hay en un pueblo de Aragón llamado Velilla una campana que suena sin que nadie la toque ni el viento la mueva, presagiando accidentes funestos. En 1601 hízose oír desde el jueves 13 de Junio hasta el sábado siguiente: calló después algunos días y volvió á tañer el de Corpus, al punto de salir la procesión. Oyóse la también cuando Alfonso V, Rey de Aragón, fué á Italia para tomar posesión del reino de Nápoles; á la muerte de Carlos V; cuando el Rey de Portugal D. Sebastián marchó á tierras africanas; cuando agonizaba Felipe II y en los momentos postreros de su esposa la Reina Ana.

—Queréis que os crea—le dije cuando acabó,—pero soy tan obstinada que, sin dudar un instante de vos, dudo aún de lo que me relatáis.—Antes bien creo señora—dijo D. Fernando—que tenéis en mí poca fe, y tal vez os haga más fuerza lo que puede afirmaros D. Esteban de Carvajal refiriendo un acontecimiento extraordinario de su país.

D. Esteban aseguró que había en el convento de los Hermanos Predicadores de Córdoba una campana que anunciaba la muerte de los religiosos de la comunidad, dándoles un día de lugar para que prepararan sus conciencias.

—Atravesáis tan precipitadamente la vieja Castilla—prosiguió D. Fernando,—que no podéis ver nada notable, y mucho lo son, por ejemplo, la Virgen que se apareció milagrosamente pintada en una roca, y ciertas minas de sal, á las que se baja por más de cien escalones que terminan en anchurosa caverna, cuya techumbre se apoya en un pilar de sal cristalina de tamaño y belleza sorprendentes; muy cerca de aquel lugar, en la ciudad de Soria, se ven un gran puente sin río y un gran río sin puente, por haber torcido el cauce un temblor de tierra. Pero si llegáis á Medina del Campo, sus habitantes os recibirán con mucho agrado, porque se precian de amar á los franceses, sólo por aparecer con sentimientos distintos de los que abrigan los demás castellanos. La ciudad goza de tales privilegios, que no pueden: ni el Rey otorgar empleos en ella, ni el Papa conferir beneficios. Estos derechos pertenecen á los vecinos, que muchas veces andan á palos en las elecciones de magistrados y elesiásticos.

Una de las cosas que más agrada en este país á los extranjeros es el acueducto de Segovia, que tiene cinco leguas de longitud, más de doscientos arcos de altura extraordinaria, superpuestos en algunos lugares formando tres ó cuatro pisos, construídos con piedras de talla, apoyadas una con otra sin estar unidas por argamasa ni cemento. Esta obra se atribuye á los romanos, y si no lo es acaso, bien merecía ser suya tan colosal empresa. El río, que pasa cerca de la ciudad, rodea el Alcázar, sirviéndole de foso. Entre varias cosas notables de aquella fortaleza, construída sobre roca, admírase una colección de retratos de los Reyes que ha tenido España durante muchos siglos.

Sólo en Sevilla y en Segovia se acuña moneda; el agua mueve los molinos que se dedican á esta fabricación.

Vense grandes paseos á lo largo de una pradera, formados por olmos de tan espeso ramaje que los rayos del sol no pueden atravesarlo.

—No dejan de mover mi curiosidad todas estas cosas que atención merecen—dije á D. Fernando;—pero ahora me sería imposible detenerme, y no es otro mi deseo que llegar temprano á Burgos.

—Para que logréis del mejor modo posible vuestras intenciones—repuso D. Fernando levantándose,—bueno será que no tardéis en retiraros.—Y advirtiendo á los que jugaban, dejaron éstos el juego y despedímonos todos.

Al llegar á Burgos sentimos el frío de aquella ciudad, que superaba mucho al de todos los pueblos donde hasta entonces nos habíamos detenido, y nos dijeron que ni en verano dejaba de sentirse, mientras en toda España el calor era insoportable. Extiéndese la ciudad desde la falda de una montaña por la llanura, y el río lame sus murallas. Las calles son estrechas y tortuosas; el castillo, no muy grande, pero sí bien fortificado, está en lo alto de la montaña; vese más abajo el arco de triunfo de Fernán-González, que los viajeros admiran. Burgos fué la primera ciudad reconquistada á los moros, corte de los reyes de España y capital de Castilla la Vieja; tiene hermosos edificios, distinguiéndose entre los mejores el palacio de los Velascos. En todas las encrucijadas y en las plazas públicas hay surtidores con estatuas, algunas de las cuales son bonitas esculturas; pero lo mejor de todo es la Catedral; tan espaciosa es, que se han cantado en ella cinco misas á la misma hora y en distintas capillas sin interrumpirse las unas á las otras; su arquitectura es tan primorosa y de un trabajo tan exquisito, que la puede acreditar obra maestra del arte gótico; esto es tanto más notable teniendo en cuenta lo mal que se construye generalmente en España, en algunas provincias por miseria y en otras por falta de piedra y cal. Me han asegurado que se ven en Madrid muchas casas de tierra, y que las mejores son de ladrillo trabado con barro, que sustituye malamente la cal. Para ir desde la ciudad al barrio de la Vega, hay que pasar tres puentes de piedra; la puerta llamada de Santa María es muy alta y tiene una imagen de la Virgen; este barrio, formado casi en absoluto por conventos y hospitales, contiene uno muy grande, fundado por Felipe II para hospedar durante un día á los peregrinos que van á Santiago; la abadía de Mil Flores, cuyo edificio es magnífico, no está muy distante de allí. Vense también muchos jardines, regados por manantiales y arroyuelos que corren constantemente.

Quise ver en el convento de Agustinos el Santo Cristo conservado en una capilla del claustro, tan grande y tan sombría, que para ver la imagen tienen encendidas constantemente sus lámparas; éstas pasan de ciento, siendo unas de oro y otras de plata, de un tamaño tan extraordinario que cubren toda la bóveda de la capilla. Hay también 60 candeleros de plata más altos que un hombre de buena estatura, y tan pesados, que para moverlos se necesita el esfuerzo de dos ó tres obreros; están alineados en el suelo á uno y otro lado del altar, adornado con cruces y coronas de rica pedrería, donde abundan los diamantes y las perlas. La capilla está ricamente tapizada de tisú y tan cubierta de ofrendas y exvotos, que no hay lugar para todos los que á allí se destinan, de manera que se guardan muchos en las arcas.

El Cristo, de tamaño natural, está colocado sobre un altar y cubierto con tres cortinas bordadas de perlas y pedrería; cuando se descorren, lo cual no se hace más que para recibir la visita de altos personajes ó en las grandes ceremonias, repican las campanas y todo el mundo se pone de rodillas. Ciertamente, aquel sagrado lugar y aquella divina imagen inspiran religioso respeto. El Crucifijo está perfectamente labrado y ofrece toda la realidad de carne humana; está cubierto desde el estómago á los pies con una tela fina y muy plegada, como una enagua, que á mi juicio le hace desmerecer bastante. Repútase obra de Nicodemus, pero los amantes de lo extraordinario creen que ha bajado del cielo milagrosamente. Me han contado que algunos religiosos de la ciudad lo robaron una vez para tenerlo en su convento, y que al día siguiente apareció de nuevo el Cristo en su antigua capilla; de nuevo se lo llevaron á viva fuerza, y de nuevo la imagen volvió á su lugar. Sea de esto lo que quiera, muchos milagros se le atribuyen y mucha devoción inspira. Los frailes que le cuidan afirman que suda todos los viernes.

De vuelta íbamos á la posada cuando nos alcanzó, corriendo á toda prisa, el criado del caballero Cardona, perseguido por tres frailes muy acalorados. De repente formé un juicio temerario, creyendo, sin dudarle un punto, que habría hecho presa el fugitivo de algún objeto entre los muchos que llenan

el santuario; pero D. Federico, que junto á mí estaba, indagando la causa de tal suceso, averiguó que, habiéndose quedado el último aquel hombre con las espuelas calzadas en la capilla del Cristo, los frailes quisieron obligarle á dar algún dinero, y habiéndose resistido, después de propinarle algunos pescozones que alentaron su ánimo para escapar, siguiéronle hasta donde nosotros vimos. Los caballeros que me acompañaban recordaron la costumbre que no permitía entrar en la capilla con espuelas, ni salir de ella sin aflojar el bolsillo á quien con ellas había entrado.

La ciudad no es muy grande; sírvele de ornamento una bonita plaza, con soportales formados por altas columnas en que se apoyan las hermosas fachadas de las casas; con frecuencia se dan allí corridas de toros; á esta diversión se muestra el pueblo muy aficionado. Hay también un puente muy bien construído, muy largo y muy ancho; el río que pasa por debajo riega una fértil vega. El comercio, antes considerable, tiene hoy poca importancia en Burgos, cuyos habitantes hablan el castellano más correctamente que los de otras poblaciones españolas, siendo los hombres, además, tan aguerridos que cuando el Rey necesita soldados, allí los encuentra mejores y en mayor número.

Después de cenar, comenzó el tresillo. D. Sancho Sarmiento dijo que cedía su lugar, porque gustoso considerábase obligado á darme conversación mientras los otros caballeros jugaban. Sabía yo que D. Sancho había regresado de Sicilia poco antes de conocerme, y le pregunté si se contaba entre los que ayudaron á refrenar la rebelión de aquel pueblo. — ¡Ah! Señora—dijo,—el Marqués de las Navas por sí solo bastaba para imponer un castigo muy superior al crimen. En Nápoles hallábame, deseoso de ir á Flandes, donde tengo parientes que llevan mi apellido, cuando el Marqués de los Vélez me hizo desistir de aquel propósito, aconsejándome que acompañase al Marqués de las Navas, á quien el Rey enviaba de Virrey á Sicilia. Llegamos á Messina el 6 de Enero, y como á nadie avisó y nadie había preparado recibimiento para tan alto personaje, no pudieron recibirle con los honores que de ordinario se tributan al Virrey, cuyas intenciones eran tan ene-